MITOS Y SUPERSTICIONES

DE ASTURIAS

POR

Rogelio Jove y Bravo

OVIEDO
"LA COMERCIAL"-IMPRENTA
1903

MITOS Y SUPERSTICIONES

DE ASTURIAS

POR

Rogelio Jove y Bravo

OVIEDO
"LA COMERCIAL"-IMPRENTA
1903

BIBLIOTECA
PAULINO VIGON
OVIEDO

I

A mayor parte de las veces, lo que llamamos sobrenatural no es precisamente lo que, como fenómeno, no se ajusta á las leyes de la naturaleza, sino aquello que nosotros no entendemos, aquello para lo cual no encontramos explicación en los cánones y reglas de la vida que nos son conocidos, pero que pueden tenerla, que la tienen seguramente en otros cuya fórmula no hemos encontrado aún, pero que encontraremos algún día. Por eso, á medida que el espíritu crítico de la labor científica contemporánea va poniendo en evidencia lo permanente de ciertos hechos, siempre que se combinen las mismas causas que les dieron origen, y explicando la natura-

leza de esas causas y la manera de su combinación, la esfera de lo sobrenatural se reduce considerablemente y parece como si antes de mucho tiempo la idea de lo maravilloso hubiera de ser sustituída por otra menos comprensiva y más concreta: la de lo desconocido. La primera implica la existencia de fenómenos cuyas causas y naturaleza no llegará el hombre á penetrar jamás; la segunda afirma la existencia de hechos, determinaciones reales de una sustancia ó de una ley que no conocemos, pero que podemos llegar á conocer; en menos palabras: lo sobrenatural es lo incognoscible, lo desconocido puede dejar de serlo. Pero para llegar al punto á que nos han traído la crítica y los descubrimientos modernos, ha sido necesario que los pueblos alcanzaran un superior estado de cultura, mediante el cual y por la vulgarización de los resultados de la investigación científica, lo que ayer era misterioso aparece hoy perfectamente explicado; así, ni los cometas con sus penachos

de polvo de luz, ni los eclipses con sus sombras impresionan el ánimo de las gentes como augurios temerosos; los poseídos se han convertido en epilépticos, los iluminados en histéricos, los milagros de la magia en ejercicios de física recreativa, y los trastornos pavorosos del cielo y de la tierra en simples fenómenos geológicos ó meteorológicos.

Pero, en los primeros momentos de la existencia del hombre, cada vibración de la vida era un misterio para él; desconociendo las leyes de ésta, presentábase á su razón la naturaleza como un mecanismo movido por una voluntad suprema y no mediante una ley permanente sino por movimientos arbitrarios de esa voluntad. Concíbase la relación del hombre con Dios por la revelación, ó en el sentido positivista como derivación del culto de los antepasados, á la manera de Spencer, el hombre primitivo debió entender que las tempestades y los terremotos eran manifestaciones de la ira de ese Supremo dominador del mundo, y la

fertilidad del suelo y la hermosura del cielo pruebas de su bondad; pero muy pronto la oposición de las dos ideas del mal y del bien surgió en la mente humana y con ella la imposibilidad de la identidad de los contrarios, la necesidad de un origen distinto para todo lo malo y todo lo bueno, y así vino después la diferenciación y clasificación de los fenómenos de la naturaleza, dando á cada género, y después á cada especie, una causa distinta, un espíritu generador diverso; y á esta multiplicación de causas, de espíritus, tenía que contribuir poderosamente la repugnancia del entendimiento poco cultivado de aquella humanidad para admitir la idea de un Sér que está al mismo tiempo en todas partes. Así nacieron los mitos.

Pero desde el momento en que se afirma en la inteligencia humana una categoría, una propiedad cualquiera, busca fatalmente la manera de transformarla ó encarnarla en un sér cuya forma y cuyos atributos correspondan á la idea que

representa. El hombre primitivo hace esto de una manera instintiva, y las categorías encarnan en seres constituídos conforme al medio en que han de vivir, á la función que han de desempeñar. Así nace y vive toda la teogonía pagana; así surgen por donde quiera los mitos de todos los fenómenos de la naturaleza, de todas las virtudes y aún de todos los vicios, multiplicándose y vistiendo en cada región carne distinta y accesorios diversos, según el carácter del pueblo que los crea.

En cuanto los mitos han llenado las cavernas y la espesura de las selvas, cuando recorren el mundo cabalgando en las ráfagas del aire, y se bañan en las ondas del río ó se envuelven en las llamas de la hoguera, la fantasía humana necesita descansar de este esfuerzo creador y, como Dios después de hacer los mundos de la nada, descansa. Efectivamente: cada palpitación de la vida tiene su causa, un espíritu, un mito; ningún acto de aquélla puede realizarse sin su

intervención. Para calmar su ira, si amenaza un mal; para tenerle propicio si se desea algo, es necesario un sacrificio ó una invocación. Y muchas veces, cuando un espíritu inferior no se rinde á las invocaciones, á los ruegos, á los sacrificios, se acude á otro superior á él para que le domine. Para el mismo espíritu, la misma evocación, el mismo sacrificio, la misma fórmula, los mismos ritos; y así nacen las supersticiones, por las cuales las causas y los remedios de lo natural se buscan en lo sobrenatural constantemente, durante muchos siglos.

Cuando, desde la cuna de la humanidad, ésta se dispersa esparciéndose por el globo, cada emigración, cada corriente de humanidad que se abre camino de oriente á occidente á través de los montes, lleva su caudal de mitos y supersticiones que aumenta y se transforma según las condiciones de la emigración, los obstáculos que ésta encuentra, los caracteres geográficos de las regiones que atraviesa y, por último, la comarca

donde se establece el grupo ó el pueblo emigrante. Todos los esfuerzos que éste hace para adaptarse al medio, se observan también en los mitos, y cuando, realizada la adaptación, el pueblo nuevo empieza á caracterizarse, á fijar su fisonomía propia, á distinguirse de los demás por los rasgos, accidentes y modificaciones que en él imprime el medio, en los mitos se realiza el mismo trabajo de diferenciación; como el grupo humano, el mítico conserva en el fondo lo que tiene de común con los de todos los pueblos del mundo; pero, también como el grupo humano, se modifica y transforma en el medio ambiente en que vive, toma los caracteres necesarios para ajustarse á él y con ellos se diferenciará en lo sucesivo de todos los otros mitos. Así como en el pueblo dejan huellas profundas el conquistador que le domina, el emigrante que pasa, la colonia que se funde en el pueblo y se mezcla con él, así también todos esos elementos son como afluentes del caudal mitológico que corre á través

de las generaciones, recojiendo en cada una de esas transformaciones y revoluciones algún raudal que se mezcla con su corriente.

Por eso hay mitos comunes á todas las razas, los fundamentales. La inteligencia suprema y la fuerza suprema, la vida y la muerte, el mal y el bien, el calor y la luz, tienen poco más ó menos los mismos atributos en todas las mitologías; pero en cuanto se desciende de lo absoluto; en cuanto, por la tendencia que el hombre tiene á encarnar lo ideal en lo real, porque así lo comprende mejor, da forma y cuerpo al Espíritu superior, *causa causarum*, inventando una encarnación diferente para cada una de sus manifestaciones; en cuanto el politeismo se entroniza, empieza la diferencia. Aun dentro de la misma raza se nota: el politeismo latino se parece al politeismo griego y, sin embargo, ¡qué diferencia entre el Olimpo griego y el romano! Dioses, semidioses, héroes, mitos de la tierra, del fuego, del agua, todo tiende á diferen-

ciarse en dos pueblos de la raza indoeuropea, en dos civilizaciones que á tan corta distancia se encuentran una de otra! Y claro es que esta diferencia es mucho mayor entre pueblos de la misma raza que se han separado de la corriente emigratoria en épocas distintas, han ocupado regiones radicalmente diferentes y, por razón de las diversas condiciones en que han luchado con la naturaleza, se encuentran en grados ó estados de cultura muy distantes unos de otros. Del águila de Júpiter al cuervo de Wotham la distancia es inmensa, como lo es la que media entre la cultura de la Roma de César y la Galia de Vercingetorix.

Estos dos elementos tan opuestos debieran constituir el fondo de la que pudiéramos llamar *mitología asturiana* (1): el politeismo griego y romano por una

(1) De tan interesante asunto se han publicado los siguientes breves trabajos de escritores asturianos:

—«Preocupaciones asturianas», por J. Albuerne (*El Nalón*; Oviedo, 1842).

—«Creencias asturianas», por Tomás C. Agüero (*El Album de la Juventud*; Oviedo, 1853); y de estos artículos se publicó un folleto de pocas páginas en Valladolid, 1858.

parte, y por la otra el germánico que, creyendo en la existencia de un Dios único autor de todas las cosas, diviniza además todas las fuerzas de la naturaleza y las encarna y las da forma humana. Los romanos y los germanos son los fundadores de nuestra nacionalidad, y poco importa para nuestro objeto que en ella tengan su parte griegos y fenicios; los primeros no traían una mitología radicalmente distinta de la romana, y la semítica de los segundos pudo tener alguna influencia en el mediodía de la península, donde estaba Gades con su famoso templo de Melkarte, pero no penetró en el interior de España, ni pudo llegar á las montañas asturianas.

—«Las Xanas», por Antonio Arango (*La Tradición*; Oviedo, 1857).

—«Los Familiares» y «El Trasgu», por Gonzalo Castañón (idem, idem).

—«Mitología asturiana», por Gumersindo Laverde Ruiz (*Museo Universal*, Madrid, 1862, y en *La Ilustración gallega y asturiana*, Madrid, 1879).

—«Creencias populares de Asturias», por José Arias de Miranda (*Revista Española*; Madrid, 1866).

—«Creencias asturianas», por Máximo Fuertes Acevedo (en sus «Noticias históricas de la Prensa periodística de Asturias» en el *Faro Asturiano*, Oviedo, 1868, y en la introduc-

La influencia romana en esta región es indudable; el preferente cuidado con que los romanos la atendían se demuestra por un gran número de pruebas: el castillo de Gauzón, la línea de castillos con que defendieron las márgenes del Nalón, la vía militar que desde León, asiento de la legión *Sétima gemina*, llegaba al mar, los campamentos *(castra)* ó puestos militares de que estaba sembrada nuestra provincia, los puentes construídos en los grandes ríos, las ciudades romanas como *Noega* y *Lucus austurum*, las aras Sextianas, los cipos y monumentos funerarios que á cada paso encuentran y descifran los arqueólogos, todo conviene á encarecer la especial atención que los latinos prestaron á Asturias. Y,

---

ción al «Bosquejo del estado que alcanzó en todas épocas la literatura en Asturias», Badajoz, 1885).

—«Tradiciones y creencias asturianas», por Fermín Canella Secades (*El Eco de Asturias*, 1869).

—Y el autor del presente estudio, en varios artículos de *La Voz de Asturias* (Oviedo, 1878) y en *El Carbayón*.

—D. Juan Menéndez Pidal tiene anunciado otro trabajo.

sin embargo, en la confusa multitud de mitos populares asturianos apenas se distingue huella alguna de la mitología sabina ó latina. En cambio, bien puede asegurarse que la mayoría de los mitos asturianos han venido del Norte: traen los unos el aspecto sombrío de los mitos celtas, otros el *humour* sajón, algunos la petulancia gala, la melancolía germánica y la poesía gaélica; muchos visten el traje blanco y flotante de los druidas ó las túnicas rojas que tejían las mujeres de los germanos, y no pocos se cubren solamente con rayos de luna ó con girones de las frías nieblas septentrionales.

¿Por qué, mientras Júpiter tiene altares en el promontorio Scítico, el más avanzado de nuestra costa, Odín domina en los montes y valles asturianos? ¿Por qué pasa por nuestra historia el tropel de los dioses helénicos y latinos sin dejar apenas huella de su paso, mientras en todos los rincones de nuestra tierra se encuentran ocultos en las sombras los mitos de los pueblos del Norte? La pri-

mera observación con que ocurre contestar á estas preguntas es la de que los romanos nunca dominaron á Asturias, y que la población que encontraron aquí era una raza formada por los aborígenes y los celtas; de orígen céltico son los bretones y bajo-bretones, los irlandeses, los escoceses, los galeses, y nuestros mitos son hermanos de los suyos; pero no es menos cierto que existen semejanzas también entre los territorios habitados por aquellos pueblos y la tierra asturiana, y en las condiciones del medio en que los mitos viven estriba una parte muy importante del carácter de éstos. Los altos montes con sus cañadas sombrías, los extensos bosques de castaños y robles, los arroyos que se forman en los repliegues de la montaña y que saltando de roca en roca interrumpen con su rumor el silencio majestuoso de la noche, los valles profundos llenos de recodos sombríos, surcados por corrientes de agua poco caudalosas, los ríos que se abren camino entre rocas ingentes, ori-

llados de álamos gigantescos; las fuentes escondidas en los huecos de las peñas, ó surgiendo en la espesura del bosque ó del fondo siempre verde de los prados; esta naturaleza vigorosa en la cual los contrastes de la luz y la sombra producen una inmensa riqueza de tonos, este escenario de reposada grandeza era el adecuado para desarrollar en él la teogonía del Norte y el menos á propósito para una mitología que, como la griega y la romana, nació en la ciudad, arrullada por el rumor de las muchedumbres y sometida á una verdadera disciplina hierática. El carácter de esa mitología, que cualquier humorista llamaría *urbana*, era incompatible con la extructura del suelo asturiano, con las espontaneidades de la imaginación del hombre libre, del montañés celta que rechazaba toda disciplina, todo yugo, todo molde que, por ancho que fuera, resultaría estrecho para él. He ahí por qué los mitos del paganismo latino ó helénico no arraigaron en Asturias, aún después de do-

minada muchos años por los romanos.

Por otra parte, á la conservación de los mitos del Norte contribuyó en gran manera la distribución de la población en el suelo asturiano. Sus habitantes, manteniendo la tradición céltica en consonancia con su espíritu de independencia, no constituyeron nunca grandes grupos de habitaciones; la ciudad necesitó muchos siglos para formarse en nuestro suelo; las que establecieron los romanos desaparecieron enseguida y ni aún quedan vestigios de ellas; los astures vivían diseminados por grupos ó por familias separadas, en campamentos, chozales ó caseríos aislados, como viven hoy en su inmensa mayoría. Así su contacto con la naturaleza fué constante, su aislamiento favoreció la pureza de las tradiciones, el dominio de la imaginación, la preponderancia de lo maravilloso, la continuación de sus relaciones con los espíritus misteriosos que poblaban bosques y fuentes, valles y montañas. En vano la Iglesia combatió esas creencias y supersticio-

nes; hasta los sonidos de la campana del templo que anuncian el *Ave-María*, le parecían al campesino asturiano el toque de llamada á los genios de la noche para que salieran de las cavernas, ó penetraran en las oscuras selvas, y su ánimo, libre de preocupaciones durante el día, sentíase abrumado de los terrores de lo desconocido en cuanto veía amontonarse las sombras del crepúsculo como evocadas por los tañidos de la campana de la iglesia. Creía con fe viva en los misterios de la religión, en sus bienhechoras enseñanzas; pero creía también en aquellos mitos cuya teogonía sabía de memoria, cuya presencia creía adivinar en las armonías de la naturaleza, en los rumores del río, en las sombras del bosque ó en el silencio imponente de la noche.

Hoy todo ha cambiado. De una manera incompleta, pero, en fin, de alguna manera, el campesino asturiano sabe que los fenómenos de la naturaleza se producen en virtud de leyes perfectamente conocidas y fatales; penetra frecuente-

mente en la ciudad y, al conocer las ventajas de la vida de las grandes poblaciones, ha enfriado mucho su admiración por los espectáculos de la naturaleza; los hombres de ciencia no se han acercado á él, pero él se ha acercado á ellos, los ha oído burlarse de sus mitos y ha perdido la confianza que en ellos tenía; nutrió su espíritu durante algunos siglos con un idealismo instintivo que le hacía amable la vida, que le acercaba á Dios por el intermedio de esos espíritus creados al calor de su fantasía, que envolvía en un ambiente de poesía dulce y melancólica las tristes realidades de la existencia penosa y dura del labrador; y hoy, arrastrado en el torbellino de la violenta reacción materialista contemporánea, ya no ve nada más que lo penoso de la terrible lucha por la vida; ni la poesía alivia los esfuerzos de esa lucha, ni encanta las horas de descanso, y los mitos ya no animan las tristezas de las largas noches del invierno, ni alteran con sus risas la calma del bosque.

Ese aliento positivista de la vida moderna, que todo lo seca, ha respetado algunos rincones de la montaña y todavía se oye allí la carcajada del *diañu burlón* y se ven las luces cárdenas de la *huéstia;* en esos rincones se han refugiado los mitos, y con ellos las leyendas, los romances, la poesía y, lo que es más, la fe. Es preciso confesarlo: el hombre no se eleva á la idea de la divinidad de un solo salto; eso supera á sus fuerzas, tanto menores para tamaña empresa, cuanto menor es la cultura del entendimiento. Como la del sueño de Jacob, la escala por donde el hombre asciende para llegar al cielo, tiene sus piés en la tierra; para subirla penosamente necesita encontrar en ella ángeles, esto es, los espíritus superiores que sirven de intermediarios á su entendimiento para penetrar luego en lo divino. Los mitos eran, al fin y al cabo, espíritus superiores que llenaban los peldaños de la escala, nexo de la relación entre el hombre y Dios; por eso, mientras la Iglesia condenaba á los que

creían en los agüeros ó se dejaban arrastrar de las supersticiones, las gentes de fe más viva y más profunda eran esos mismos que temían la furia de los *nuberos* y la voracidad traidora de la *guaxa*. Como el espíritu crítico moderno arrojó todos los mitos entre los escombros de lo pasado, las pobres gentes de entendimiento inculto encuentran vacíos los primeros pasos de la escala, no tienen con qué llenar esa solución de continuidad, y no saben elevarse á la idea de lo divino. Allí donde los mitos han desaparecido, la fe religiosa ha padecido notable quebranto; desde que no se cree en las *xanas* y en el *trasgu*, apenas se cree en nada; ellos eran el lazo de unión entre lo natural y lo sobrenatural. Por los genios buenos se llegaba á la concepción del bien supremo, como por los genios malos se descendía á las negruras donde existe la negación absoluta de todo bien. He aquí lo que significaban las mitologías para los pueblos primitivos y lo que significaron después para los hombres

que no llegaron á determinado estado de cultura; eso era la mitología asturiana. En cualquier apartado hogar de Asturias donde se oiga hablar con entusiasmo, con fervor, con ardiente devoción de nuestra sacrosanta religión y de sus misterios, es seguro que también hay allí quien ha visto al *busgoso* rondar por el bosque y quien sabe preparar el agua de la *alicornia;* por el contrario, allí donde nadie cree en *lavanderas* y *trasgos*, no se encontrarán campesinos piadosos.

Y no es solamente la fe religiosa lo que se han llevado los mitos al hundirse en las nieblas de lo pasado; también se llevaron la poesía, pero la poesía sana, sencilla, espontánea, pura y llena de encantos para todos, lo mismo para el labrador ignorante que para el crítico más empingorotado; la poesía de los cuentos de hadas, de las leyendas épicas ó amorosas, de los romances y de los cantares. A *D. Bueso* y á *Delgadina*, al *Galán de la villa* y á *D.ª Alda*, sustituyen hoy en *esfoyazas* y *filas* las coplas en que se da

cuenta del crimen más horrendo que un infame coplero pudo inventar, ó tal cual periódico de la corte, de fecha atrasada, y cuyas noticias nadie entiende; á los cuentos relatados al calor del hogar ha sucedido el relato de lo que se oyó á algún minero socialista ó cualquiera otra cosa semejante, si no peor y más nociva. Nunca fueron las gentes del campo tan cándidas y sencillas como las pintaron los poetas bucólicos, como el Aminta, de Tasso, ó como las pastoras de Florián, pero mientras los mitos asturianos vivieron en la imaginación de nuestros campesinos, velaron cuidadosamente por la pureza de las costumbres y, si es reflejo de ellas la literatura popular, la de nuestra provincia acusa esa pureza de que hablamos y solo en el tercio final del siglo XVIII empieza á notarse en nuestro caudal literario el dejo excéptico de la sátira mordaz, indicio seguro de que la malicia campesina empieza á minar la base de los ideales que inspiraron nuestros romances y nuestras leyendas, y de

que la corrupción de las costumbres hace necesario poner en evidencia las llagas sociales, siquiera sea con la llaneza con que lo hace Antón de Mari-Reguera.

II

De todo lo expuesto se deduce que nuestro trabajo de hoy es, más que otra cosa, un trabajo de *folk lore*, una compilación de noticias sobre lo que ya no existe, algo como el recuerdo de cosas que pasaron para no volver, pero cuyo conocimiento importa mucho como elemento componente primario del carácter de nuestro pueblo, y que sirve, no solo como nota histórica para el estudio del desenvolvimiento social de la raza, sino como comprobante de su filiación etnográfica. Algunos antropólogos se burlan de lo que han llamado la *manía céltica;* los literatos y los arqueólogos han combatido en diversas ocasio-

nes el que se mantuviese en nuestra provincia la tesis de que los asturianos éramos de origen céltico, y sin embargo, todo conviene cada día á demostrarlo con mayor claridad, y la mitología asturiana es la mejor prueba de ello. Los mitos germánicos no han arraigado nunca en pueblos latinos, y viceversa; los mitos asturianos tienen profunda semejanza con los mitos bretones y más con ellos que con los de ningún otro país. Ahora bien; tratando de las lenguas célticas, dice un filólogo (1): «César »tenía razón cuando al principio de su »libro dividía la Galia en tres regiones: »la Aquitania, al Sur; la Céltica en el »centro; la Bélgica, al Norte. Partiendo »de esta clasificación, que desde luego »apoyan otros muchos, la antropología »ha establecido que los auverneses y los »bajo-bretones actuales eran los princi- »pales representantes franceses de la »antigua raza céltica». Y haremos notar

(1) Abel Hovelacque. – *La linguistique.*

además que, aun cuando en menor escala, se encuentra semejanza entre nuestros mitos y los irlandeses y escoceses, es decir, de aquellos pueblos que hablaban la lengua céltica, siquiera no fueran celtas en opinión de muchos antropólogos.

Los que cultivan esta clase de estudios podrán juzgar de nuestras afirmaciones con los datos que vamos á exponer, puesto que nuestro trabajo ha de ser una mera exposición de datos. Aun sólo para esto, podríamos hacer una clasificación de mitos, por razón de su origen, como la de Max Müller, dividiéndolos en mitos del fuego, del aire, etc.; pero no está el carácter de los nuestros tan claramente definido que permita esa clasificación. Un escritor asturiano distinguido (1), al anunciar un libro especial sobre nuestros mitos y supersticiones, los clasifica en tres grupos: *genios*, *humanos*, *animales*. Esta clasificación (sin duda porque no

(1) D. Juan Menéndez Pidal.

conocemos sus fundamentos) no nos satisface, ni comprendemos bien por qué han de clasificarse entre los *genios* las estrellas errantes y los fuegos fátuos; entre los mitos *humanos*, las *xanas* y el *busgoso;* ni entre los *animales*, los *espíritus familiares;* pero seguramente veremos resueltas nuestras dudas el día en que aparezca el libro á que aludimos, y ojalá aparezca pronto.

En cuanto á nosotros, dividiremos estos apuntes en dos grupos: comprenderemos en el primero los mitos, es decir, la personificación de ideas, aspiraciones y sentimientos, de las fuerzas de la naturaleza ó de los fenómenos y estados de ésta; supersticiones, es decir, preocupaciones, ritos, ceremonias en que se manifiesta la creencia en causas sobrenaturales, para fenómenos puramente naturales, pero sin que se las haga encarnar en una forma determinada, y mucho menos en la humana. El primer grupo está constituído por espítus visibles, en el sentir popular; el segundo, por fenó-

menos que tienen relación con espíritus, pero con espíritus invisibles, ó con fuerzas misteriosas de carácter sobrenatural.

Por razón del medio en que se manifiestan pudieran dividirse los mitos en dos grandes grupos: los que viven con el hombre en el hogar, espíritus ó mitos familiares, y los que habitan fuera de él, al aire libre, mitos del campo, de la naturaleza. Entre los primeros figuran el *trasgu*, los *familiares*, la *guaxa*, el *sumiciu*, y toda clase de *duendes*. Entre los segundos, las *xanas*, el *nuberu*, el *busgoso*, la *huestia*, las *atalayas*, los *espumeros*, los *ventolines*, etc.

La clasificación de las supersticiones es más difícil porque varían extraordinariamente las ideas en que están informadas y, en este sentido, el trabajo de distinción que hiciéramos sería muy ocasionado á confusiones. Creemos más sencillo dividirlas en hechizos y augurios; entre los primeros están todos los símbolos, objetos, ceremonias, fórmulas y ritos que tienen por objeto producir un

bien ó un mal; entre los segundos, las supuestas relaciones entre determinados actos ó fenómenos y los sucesos de lo porvenir.

Y terminando, con estas notas, la parte primera de nuestro trabajo, procuraremos ahora dar una idea de lo que son, mejor dicho, de lo que eran, sino todos porque esta tarea fatigaría al lector, al menos los principales mitos asturianos y las supersticiones más extendidas.

III

Los familiares.—En mitología, como en todo la demás, el hombre ha sido ante todo egoista; fué preciso que la compenetración de todas las actividades y de todos los intereses llegase á un grado elevado en un estado superior de cultura, para que el sentido altruista se afirmara y desenvolviera. O por el culto del antepasado ó por el del dios de la fa-

milia, el hombre ha atendido siempre á ligarse con un espíritu superior exclusivamente suyo, que sólo á él acudiera en las necesidades, que le defendiera de sus adversarios y que le tuviera por único objeto de su providencia y de su omnipotencia. Si el paganismo tiene sus dioses lares, la mitología de los pueblos septentrionales tiene sus espíritus familiares.

Cuando un hombre acomete empresas atrevidas y triunfa en ellas, no es su propio esfuerzo el que lo ha hecho; triunfó, porque *tiene los familiares*. Son los *daimones* buenos de Platón, como los que causan daño son los *daimones* malos. Conocida es la leyenda del demonio de Sócrates; Walter Scott dice que las familias principales de Escocia tenían su espíritu familiar que protejía á todos los de una estirpe, porque cada una tenía el suyo, su *banshee* que los ayudaba siempre y con todas sus fuerzas misteriosas. Mefistófeles, en el poema de Goethe, no es más que el demonio familiar de Fausto, acompañándole á todas

partes, apartando de él todos los peligros, preparándole todos los éxitos. Desde el momento en que, dominado por el conjuro, deja su forma de perro para tomar la de estudiante; desde que grita irónicamente: «Salud al sabio doctor, que tanto me ha hecho sudar», Mefistófeles es el *familiar* de Fausto. Pero los de la mitología asturiana no llevan á sus protejidos á la condenación, sino que les sirven desinteresadamente, apartan todo obstáculo de su camino y les facilitan el logro de sus deseos. El campesino no conoce audacia, ni destreza, ni fortuna, ni habilidad mayores que las suyas propias; cuando las ve en otro, y no distingue perfectamente todos los estados en que aparecen aquellas cualidades y toda la fuerza con que actúan, sale del paso con decir que el actor tiene los *familiares*. Nunca hemos oído describirlos ni distinguirlos; al parecer son duendes que obran en colectividad, grupos al servicio de un indivíduo.

En esto precisamente se distinguen de

otros genios familiares de la mitología gaélica. En Escocia, en Bretaña, también existe este mito, el espíritu familiar, pero es sólo uno bajo el techo de la casa donde habita. Carlos Nodier en una preciosa novela, *Trylby ó El duende de Argail*, ha descrito primorosamente el *familiar* escocés, oculto en el hogar, asomando su cabecita encantadora entre las llamas, saliendo de su escondite cuando nadie puede verle, resistiendo vigorosamente los conjuros ó los exorcismos de un monje que quiere expulsarle de la cabaña en que habita y en la cual el enamorado *familiar* derrama la dicha á manos llenas.

La creencia en estos espíritus familiares es muy general. A diferencia de los romanos, que tenían estatuas de los dioses lares y que los encadenaban, si así puede decirse, en un ara y les ofrecían sacrificios con fórmulas rituales, los celtas en su vida nómada de la región del Dnieper y del bajo Danubio y al emprender su peregrinación hácia el Me-

diodía, no podían erigir altares en sus moradas que fácilmente cambiaban de lugar; sin el altar no existe el rito, y los espíritus familiares vagaron libremente en el interior de la cabaña céltica y cumplieron su misión, sin necesidad de que se les invocase con palabras consagradas por los formularismos herático ó por la tradición.

No siempre son invisibles los *familiares*, y en la historia de los mitos es frecuente que se les haga encarnar de algún modo. Para los soldados de Sertorio el espíritu *familiar* del general romano encarnaba en la cierva que le seguía. Los pretendidos hechiceros y adivinadores de otras edades, para herir la imaginación de los crédulos, tenían cuervos, buhos ó serpientes domesticados, en los cuales se suponía encarnado el demonio *familiar*. En la mitología asturiana no ocurre esto; ni aún el que tiene los familiares los ve jamás. Son protectores generosos y discretos que no se presentan á recibir las muestras de agra-

decimiento de sus protejidos, ni á reclamar recompensa alguna. Precursores de una escuela filosófica muy conocida, los *familiares* hacen el bien por el bien, ó porque no tienen otra cosa que hacer.

El Trasgu.—Es un duende familiar que tiene personalidad propia, es decir, que figura fuera del coro como parte principal. A este le han visto muchos. Es un hombrecillo negro, pequeño, de ojos vivos y brillantes, de sonrisa maliciosa y aire burlón; probablemente como consecuencia de algún mal paso, se ha quedado cojo; y debe de hacer mucho tiempo de eso, porque cojo le han conocido siempre. Viste un traje encarnado y encarnado es también el gorro con que cubre su cabeza.

Entre los mitos germánicos hay un duende que se le parece mucho, el *Klabber*, también pequeño, también vestido de rojo. El *Trasgu*, como el *Klabber* es un duende del hogar, pero ni uno ni otro están *amortizados* en una casa, sino que las recorren todas según les acomo-

da y ambos penetran en ellas por la chimenea. Se parecen también en que el duende asturiano, como el germánico, exijen que el fuego del hogar esté encendido. Algunas veces, por agradecimiento, se entretienen en hacer las labores de la casa, terminar las que están pendientes, poner las cosas en el sitio en que deben de estar. Pero, en este punto, el duende asturiano, más travieso y maleante que su colega del Norte, antes suele entretenerse en romper la vajilla, en revolver la ropa de los armarios, esconder las cosas para que las gentes de la casa se calienten los cascos buscándolas al otro día, alborotar el corral, soltar las reses en el establo y hacer otras diabluras por el estilo, si ya no le da por derribar muebles y lanzar gritos pavorosos que obligan á las gentes medrosas á temblar de miedo.

Todo en él es pura malicia y humor burlón, porque no resulta tan interesado como sus colegas el *Nis* dinamarqués ó el *Kobold* bávaro; al primero es preciso

convidarle el día de Navidad y hacerle un buen plato de *grod* (harina cocida con manteca); al *Kobold* hay que dejarle algo de la cena cuando la familia se retira por la noche á descansar; el *Trasgu* nada pide y se contenta con que en el hogar haya un poco de fuego.

Allan Kardec le clasificaría seguramente entre los *espíritus ligeros*, pero su calificación verdadera sería la de espíritu burlón y, en esto, hace recordar muchas veces las bromas que un duende cuenta á Oberón en el *Sueño de una noche de verano*, de Shakspeare.

Los que estamos en la edad madura recordamos que, hace cuarenta años, eran muchas las personas que habían visto al *Trasgu*, con su gorro encarnado, sus ojos brillantes y su gesto maligno. Gonzalo Castañón, el malogrado periodista asturiano, creyó verlo también cierta noche y ha hecho el relato de aquella aventura en un precioso artículo. Ahora nadie le ve; todavía se le atribuyen algunas travesuras, alguno de los ruidos mis-

teriosos de las horas nocturnas, pero son falsos testimonios que le levantan al pobre duende. Por lo visto, no estaba de acuerdo con la vida moderna y ha abandonado la tierra asturiana.

La Guaxa.—El niño que languidece, el joven que siente su salud minada por un mal desconocido, sin dolores ni angustias; la muchacha que pierde los hermosos colores de sus mejillas y se siente morir en un agotamiento lento sin causa, ya se sabe, en las montañas de Asturias, de qué mal mueren. La vida se agota en ellos poco á poco, la sangre se retira lentamente de sus venas, porque los come la *guaxa*.

Es una vieja seca, arrugada, con ojos en cuyo fondo parecen brillar chispas de fuego del infierno. Donde hay un niño rollizo, un mancebo robusto, una muchacha hermosa y fuerte, penetra la *guaxa* por la noche y con el único diente que tiene les abre una arteria, durante el sueño, y chupa su sangre con delicia. No hay obstáculo para ella; por allí por don-

de pase un soplo de aire pasará ella también.

Es el *vampiro* de las leyendas del Norte; es la *lámia* griega, transformada por la imaginación sombría de los pueblos septentrionales. Los *elfos* escandinavos son menos crueles que la *guaxa;* chupan los dedos de los niños para que no crezcan, pero no los matan. La *guaxa* no los deja hasta que acaba con ellos, á menos que no la ahuyente á tiempo un amuleto, un exorcismo, ó un milagro.

Algunas veces desaparece del pueblo un indivíduo cualquiera, sin dejar rastro de su partida. Se le busca por todas partes, pero en toda la comarca nadie da noticias suyas. ¡Lo comió la *guaxa!* Es inútil seguir buscando á aquel infeliz.

El Sumiciu.—Se trata de un duende casero, un *rata* de los más finos, porque nada se libra de sus uñas. Cuando perdais una de esas cosas que, por su volumen ó por el cuidado con que se las guarda, parece imposible que puedan perderse; después que hayais revuelto

la casa entera inútilmente, podeis decir que se la ha llevado el *sumiciu*. Su nombre indica su profesión; tiene su origen en *sumere*, tomar, adquirir, apropiarse, y eso es lo que hace el duende en cuestión.

Principalmente se complace en hacer desaparecer aquel objeto que acabais de tener ante los ojos, lo que en aquel instante dejasteis sobre la mesa y que, por arte de magia, parece haberse disuelto en el aire. Porque el *sumiciu* es invisible y entra y sale por todas partes, como si poseyera el anillo de Giges. Nadie le ha visto jamás; sólo se le conoce por sus hazañas.

Duendes y fantasmas. Hay en el hogar otros muchos espíritus *ligeros*. Los duendes innominados que unas veces se distraen en amedrentar á los moradores de la casa arrastrando sendas cadenas por el pavimento, interrumpiendo con hórrido estruendo el silencio de la noche; otras, haciendo rechinar sobre sus enmohecidos goznes las puertas de las cua-

dras ó cerrando de golpe las maderas de los ventanales del desván; inquietando á los ganados en el establo ó fingiendo gritos lúgubres que parecen resonar bajo el cumbral de la casa. Ellos son los que apagan de un soplo la luz que llevais para penetrar en una habitación oscura, los que agitan las campanillas de los collares de las vacas, los que abren de par en par las puertas de vuestra alcoba ó vienen á llamar con precaución á la entrada de la portalada.

Al lado de éstos trabajan en alterar la quietud del hogar los fantasmas. Esos parece que visten de uniforme: todo fantasma que se respete se pasea envuelto en blanco sudario de anchos pliegues, no hace ruido al andar y entra por todas partes, aun á través de las paredes. Casi siempre es un alma en pena que viene á demandar sufragios por su eterno descanso, ó el cumplimiento de una promesa; por un hueco ó un repliegue de su manto asoma su calavera, y en el fondo de las órbitas donde se movieron sus

ojos brilla una luz fosforescente y lúgubre. Bajo los paños se adivinan las formas angulosas del esqueleto, y la siniestra figura pone miedo en el ánimo más esforzado. Cuando habla, su voz parece venir de una región lejana, fiera y dura unas veces, y otras apagada y quejumbrosa. Que se hagan los sufragios que pide, que se cumpla la promesa cuya realización exije y el fantasma desaparecerá é irá á ocupar su puesto en la danza de los muertos.

IV

En los mitos de la naturaleza, la imaginación de las gentes del campo no ha podido sustraerse á las impresiones de aquél'a y, al crearlos, les ha dado una forma más artística, ó mejor aún, más poética que á los mitos del hogar; los ha apartado de la prosa de la vida práctica y los ha adornado con esa nota poética que el espíritu más realista en-

cuentra en los espectáculos de la naturaleza.

El más acabado ejemplo de esto que decimos está en la simpática figura de las *Xanas*. Surgen entre las brillantes espumas de las cascadas, entre las ondas cristalinas del río, entre los cristales de la fuente que brota de la roca en un rincón húmedo y fresco de la montaña, siempre en los parajes más escondidos de la fuente, del torrente ó del río. En esto de las moradas ocultas nos hacen recordar aquel pasaje de Homero, en la *Iliada:* «En el Siplo, allí donde están, »según dicen, las moradas de las ninfas »divinas que danzan á lo largo de las »márgenes del Aquelao»; como hacen recordar también las *ondinas* de la mitología gentílica que se albergan en los recodos más sombríos de la corriente.

Son pequeñitas, como los *gnomos* sajones, vaporosas como niebla, hermosas, envueltas en plateadas túnicas. Poco antes de amanecer salen de la espuma de las aguas; cada una lleva las madejas de

oro que ha hilado durante el día, y las tienden en la margen del río; mientras las madejas se secan, danzan en torno de ellas, cojidas de las manos, riendo alegremente; á su paso, el suelo se alfombra de flores que parecen brotar al contacto de sus piés diminutos. Apenas el primer rayo de sol hiere el oro de las madejas y dora los cabellos de las *Xanas*, las recojen precipitadamente y vuelven á sus palacios de roca, cuya entrada cubren las aguas; y las flores se secan y no queda huella alguna de la danza. El que lograse llegar á tiempo para cojer una de esas flores antes que se marchitara, se habría apoderado del talismán de la felicidad. El que consiguiera cojer un hilo de las madejas de oro, hilo que no se rompe nunca, y lo siguiera hasta el cabo, penetraría en las moradas de las *Xanas* donde hay ocultos inmensos tesoros.

Cuéntase de algún afortunado que se apoderó del hilo y se lanzó al río siguiendo aquella guía y penetró en la recóndita caverna de las *Xanas*, pero quedó allí

cautivo de los encantos con que supieron hacerle renunciar á su libertad. Eso fué en una mañanita de San Juan, único día en que tal ventura puede acontecer. ¿No es verdad que esto se asemeja á la leyenda de las *Tylwith-teg* gaélicas, que viven en medio de un lago y cuya morada se abre una sola vez en el año, en la mañana del primero de Mayo? ¿No es verdad que esas madejas de hilo de oro finísimo pueden ser la materia con que se hacen los velos tejidos por las hadas de los romances y de las leyendas de los siglos medios?

Como los ríos y las fuentes, poseen su mito los bosques, mito varonil, mitad hombre, mitad bestia, salvaje como las agrestes espesuras en las que tiene su mansión. Es el *Busgoso*, que tiene la figura del *Fáuno* del paganismo. ¿De dónde proviene su nombre? Difícil es afirmarlo. En la mitología de los bascos hay un mito igual, el hombre de los bosques, en lengua eúskara *Basojan*, transformación de *Basojaun* ó señor del bosque. Como

el *Ourisk* celta de que habla Walter Scott, el *Busgoso* es inofensivo y pasea su melancolía en las soledades de la selva; se aparece de vez en cuando á los que penetran en lo más enmarañado del bosque, para enseñarles su camino. Su cabeza está coronada por espesa cabellera de la que brotan dos cuernos retorcidos como los de la cabra; el rostro, los brazos y el torso son humanos; sus piernas son también como de cabra y terminan con pezuñas hendidas. En algunas regiones de nuestra provincia le acusan de perseguir á las mujeres y llevarlas á su caverna, como el sátiro de la mitología griega. No distrae sus ocios fabricando armas encantadas, á semejanza de su congénere el *Meming* escandinavo, sino vigilando los rincones de la selva, protegiendo á los animales perseguidos por los hombres y poniendo obstáculos al paso de éstos. Es el protector de los bosques y de los seres que en ellos habitan; tiene mala voluntad á los cazadores y á los leñadores y procura espantarlos ó ex-

traviarlos; pero no los ataca, sin duda porque reconoce su superioridad. Si se le encuentra, es inútil perseguirle porque no se le alcanza jamás y, si se le irrita, puede hacerles caer en una cortadura ó estrellar á sus perseguidores en el fondo de un barranco.

Porque éste, como casi todos los mitos asturianos, no es de mala índole y solo hace daño á los que le ofenden y le molestan, nota que debe de tenerse en cuenta para formar juicio más claro sobre el carácter del pueblo cuya imaginación ha creado esta mitología. Más caracterizado en este punto que el *Busgoso* es el *Nuberu*, el espíritu de la tempestad. Mora en las cumbres más elevadas de nuestras montañas y en los más agudos picachos se sienta á esperar el paso de las nubes. Es un hombrecillo pequeño, anciano, de tez casi negra y surcada con profundas arrugas; su boca rasgada parece dividir en dos la cara, y sus ojos son como brasas rojas en el fondo de dos agujeros oscuros; sus orejas son enor-

mes. Se viste con pieles de carnero y usa un zurrón como los que llevan los pastores. Cuando necesita trasladarse de un punto á otro, cabalga en una nube. Él las empuja ó las detiene, él las hace chocar unas con otras para que estalle el trueno y el rayo las desgarre; él las precipita sobre el valle ó las empuja por los flancos del monte ó las hace rodar sobre las olas. Alumbrado por la luz del relámpago que convierte en lluvia de brillantes el espeso granizo, se ve muchas veces al *Nuberu*, durante la tormenta, sentado en el peñasco más eminente, con el ceño fruncido, sombrío y meditabundo como si creyera escuchar una melodía lúgubre en el fragor de los elementos. Llevando la lluvia á los campos áridos, colma al labrador de beneficios; pero si el campesino que le encuentra no le conoce y le mira con desdén, ó lo confunde con un mendigo, ó no le saluda cortesmente, ó no le agradece la buena cosecha, ya puede contar la primera por perdida; se salvarán del granizo las fincas de los de-

más, pero no las suyas. El *Nuberu* le vigilará, y cuando lo vea lejos de todo albergue y abrigo le echará encima el primer chaparrón que encuentre á mano para calarle hasta los huesos. Si por casualidad le haceis un favor ó teneis con él una deferencia, él cuidará vuestros campos, y vuestros frutos, y vuestro hogar, y si el fuego lo incendiase, lo apagará con el agua de las nubes ó llamará á sus amigas las *Lavanderas* para que lo apaguen.

Las *Lavanderas* son el elemento femenino en los mitos de la tempestad. Entre los ruidos de la tormenta, ó en el silencio que trae la calma después de aquélla, oireis en el fondo de las cañadas ó en las sombras de la selva ruidos como de golpes, murmullos y chasquidos; creereis que esos rumores los producen las cascadas, arroyos y torrentes que ha formado el agua en los repliegues y arrugas del monte, pero no es así: esos ruidos son los golpes de las palas de las *Lavanderas*. Aprovechan las blancas espumas de las

cascadas ó los furiosos remolinos del torrente henchido por la tempestad para lavar allí sus ropas y las de otros genios que se las han encomendado. En cuanto terminan su trabajo, se colocan sobre sus palas como sobre balsas y se dejan ir arrastradas por las corrientes hasta sus grutas del bosque ó del río. Como las *Xanas* son el mito del agua cristalina y tranquila de los ríos y las fuentes, y los *Nuberos* el mito del agua de las nubes, las *Lavanderas* lo son de los raudales de agua que la tempestad forma en las sierras asturianas y que se despeñan espumosos y rugientes por cauces improvisados ó saltando de peñasco en peñasco. Las *Lavanderas* son unas viejecitas, arrugadas como una manzana seca, pequeñas, de blanca cabellera y de ojos de fuego, como los del *Nuberu*. Visten túnicas amarillentas como la espuma de las aguas enturbiadas. Si alguno, guiado por los golpes de las palas, quisiera sorprenderlas en su labor, pagaría su curiosidad con la

vida, porque el arroyo desbordado le arrastraría y lo ahogaría entre sus cristales. Si alguien, para no dejarlas paso libre, pusiera algún obstáculo á la corriente que las arrastra, vería inundadas sus tierras y su casa y su vida en peligro por el desbordamiento de las aguas. Si no las hacen daño, las *Lavanderas* son inofensivas; pero desdichado del que se lo haga, porque la furia de ellas es ciega é incontrastable como la inundación.

Los *Espumeros* cierran la lista de los mitos del agua. Como los *tritones*, son espíritus del mar; como ellos pequeñitos, hermosos, juguetones, llevando también su trompa marina hecha de un caracol vacío; pero los *Espumeros* no son peces de cintura abajo como aquéllos, sino de figura humana, de niños, de silfos, de geniecillos mofletudos y sonrosados como los amorcillos de un cuadro de Wateau ó de un techo de Boucher. Cabalgando unas veces sobre las crestas de las olas, re-

volcándose en las espumas de las rompientes, coronados de algas, sonando su trompa, van en la estela de los buques que parten ó danzan entre las ondas delante de los que llegan. Pero nunca se alejan de la costa, porque tienen miedo á la tempestad. Apenas estalla, salen del mar envueltos en grandes mantos de polvo de agua y se refugian en las cavernas que habitan en los cantiles ó entre los peñascos amontonados en la playa, donde las sacudidas de las olas no los alcancen. Esas nieblas que muchas veces vienen rodando sobre la superficie del mar á estrellarse en el acantilado, entre cuyos picos y cortaduras se desgarran en cien pedazos, no son tales nieblas, sino legiones de *Espumeros*, rebozados en sus mantos y que buscan sus moradas.

Cuántas veces tienen que acudir en su auxilio los *Ventolines*, empujándolos con su soplo blando hasta que penetren en las cavernas del acantilado! Porque los *Ventolines*, aunque no son

genios de las aguas, tienen más audacia que los *Espumeros*. Parécense á éstos en la figura, pero ni se coronan de algas, ni se zambullen en las olas; vuelan con las alas de gasa como el *Céfiro* de la mitología pagana y con ellas pasan rozando las olas y levantando con su soplo esas neblinas blancas y trasparentes, á través de las cuales suelen verlos los niños, porque sólo á los niños se muestran. Otras veces vuelan tierra adentro, sacudiendo sus alas empapadas de rocío sobre las plantas secas y las tierras quemadas por el sol, para refrescarlas. De noche penetran silenciosamente en las casas, y si alguna doncella enamorada suspira por su amante ausente, cuando todos duermen, ellos recojen esos suspiros y á través del espacio los llevan al afortunado doncel. De los *Ventolines*, como de los *Espumeros*, nada malo se cuenta; son espíritus benéficos, dulces, hermosos.

Después de estos mitos de la naturaleza, con la actividad de la vida, de la

lucha, vienen los de las ruinas y la muerte. En la cima del monte, donde se aglomeran rocas disgregadas, enormes, calcinadas por el sol, como ruinas de moradas ciclópeas, cubiertas de helechos y de rosales silvestres que brotan en las grietas y hendiduras de las peñas dislocadas; en los picachos donde ahora yacen amontonadas por el estrago de los tiempos las ruinas de los castillos romanos ó góticos, se ve brillar, en las noches oscuras, una lucecita cárdena que oscila y salta de bloque en bloque ó de sillar en sillar, y que puede servir de guía al navegante que busca la orilla ó al peregrino que atraviesa los montes. Es una *Atalaya*, el genio melancólico de la ruina, lindísima, vaporosa; su cuerpo encantador se oculta en el fuego de esa luz, que no puede verse mas que la noche de San Juan. Las *Atalayas* (1) viven en palacios encantados y ellas mismas están también en-

(1) Son las que llama *oyalgas* el Sr. Laverde Ruiz.

cantadas y, como las princesas de los cuentos de hadas y de los libros de caballería, transformaciones de la Andrómeda de la mitología griega, esperan al caballero ó al mancebo audaz que las desencante. Esto no puede ocurrir más que en la noche de San Juan; los *cuélebres* ó dragones que guardan el castillo se dejan dominar por los encantos de la noche; la lucecita en que se oculta la *Atalaya* se convierte en una gran llamarada y si el osado paladín consigue acercarse á ella y tocarla con una rama de sauce, la llama se apaga y entonces aparece la *Atalaya* en todo el esplendor de su belleza, dispuesta á hacer dichoso y rico á su libertador con la hermosura que ella le ofrece y las riquezas que guarda en su palacio.

Tras del mito de las ruinas, el de la muerte; después de las *Atalayas*, la *Huestia*. La *Huestia* ó *Güestia* es un grupo de fantasmas vestidos con sudarios blancos; sostienen en la mano antorchas que dan una luz cárdena.

Cuando en la aldea hay un hombre en peligro de muerte, los fantasmas salen del cementerio ó de la sombra de la cañada más próxima y se acercan lentamente, en procesión, á la casa del enfermo; en medio de las dos filas cuatro espectros llevan un ataud vacío. La lúgubre procesión rodea la morada del moribundo y da tres vueltas en torno de ella; al terminar la tercera, el enfermo ha expirado; una imagen de su cadáver aparece dentro del ataud y la *Huestia*, lanzando gemidos ahogados, apaga las antorchas y desaparece en la sombra, mientras la familia atribulada llora y los perros de la vecindad ahullan tristemente. La *Huestia* ó la *Santa compañía*, representación de la vuelta del polvo al polvo, de la tierra que reclama lo que ella ha dado para formar el cuerpo humano, es un mito que no se encuentra en otros pueblos, al menos en esta forma que pudiéramos llamar sintética. Desde el *Caballero de la Muerte*, tan profundamente comprendi-

do por Alberto Durero en una de sus hermosas aguas fuertes, hasta el esqueleto envuelto en blanco sudario que sirve comunmente de símbolo á la extinción de la vida en el sér humano, no hay nada de tan profundo y amplio sentido como el mito de la *Huestia*.

Con él termina el catálogo de los mitos asturianos de la naturaleza, impregnados de dulce melancolía, de poesía sencilla, de honda filosofía muchas veces. Y no es que en la imaginación de nuestros campesinos no vivan otros fantasmas, otros seres misteriosos, otras representaciones de lo desconocido: en las sombras de la noche vuelan las brujas montadas en sus escobas, bate sus alas el *páxaru negru* de la muerte con un rumor ténue como el del último suspiro, ahulla el *hombre-lobo*, se agitan trémulos en las hondonadas los fuegos fátuos, saltan de peña en peña las luces errantes, vibra la áspera carcajada del *diañu burlón;* y la blanca neblina que se forma en los recodos del río trepa por las as-

perezas de la montaña transformada en jigante espectro que sube trabajosamente hasta la caverna donde los dragones de la mitología escandinava, los *cuélebres* de alas de murciélago, de larga cola, cubiertos de escamas duras como el acero, guardan la mansión de las *Atalayas*, ó velan el sueño del *Moro* encantado. Pero todos estos seres fantásticos no son verdaderos mitos, no tienen una representación tan definida como los que hemos descrito, no pasan de la categoría de accesorios en el cuadro mítico que hemos intentado bosquejar y, por otra parte, no son tan exclusivamente asturianos como la *Huestia* y las *Xanas*, el *Trasgu* y los *Ventolines*.

V

La imaginación que inventó los mitos benévolos de que acabamos de hablar no ha creado otros que representen exclusivamente el mal. Pareciéndole

que de lo alto no puede venir lo malo, ha buscado su origen en la tierra; más aún, en la misma voluntad humana. Aquella fuerza misteriosa con que los ojos del *basilisco* fantástico mataban, la ha puesto la superstición asturiana en la mirada de algunos hombres, ó de algunas mujeres. El *mal de ojo* es la enfermedad ocasionada por la mirada de una bruja, ó de una de esas personas que tienen el funesto don de producir la alteración ó perturbación de las funciones vitales en aquellos á quienes miran con intención de maleficiarlos. En el fondo, el *mal de ojo* no es más que la idea informe, incompleta del poder hipnótico ó de sugestión, de la influencia dominante de la voluntad más fuerte sobre la más débil, tesis desarrollada por Ibsen en uno de sus dramas más conocidos. Imaginemos un malvado con una influencia magnética ó una fuerza sugestiva extraordinaria, y comprenderemos cuánto daño podría causar.

El que hace *mal de ojo*, no lo hace fatalmente, sino porque *quiere* hacerlo. Cuando *no quiere agüeyar* á nadie, su mirada es completamente inofensiva. Sin duda porque ciertos sentimientos son más intensos en la mujer que en el hombre, es más fuerte el *mal de ojo* causado por la primera; acaso porque la vejez envidia la frescura, la salud y la fuerza de la juventud, se atribuye casi siempre á un viejo ó una vieja aquella maléfica propiedad. La envidia parece ser la principal fuerza determinante del *mal de ojo*. La impresión de esa mirada que mata es rapidísima; el *agüeyau* se siente herido de repentina dolencia, y desde aquel momento empieza el agotamiento de sus fuerzas, cada día mayor; los médicos no le encontrarán lesión alguna; le aplicarán en vano la terapéutica más sabia, porque sus esfuerzos serán inútiles y el enfermo se consumirá lentamente como una luz que se apaga.

Afortunadamente, contra el hechizo

que causa la enfermedad están el que la precave y el que la cura; porque si es muy antigua la superstición del hechizo que daña, tan antigua es la del sortilegio que sana. La medicina del *mal de ojo* es el agua de *alicornia* ó del *alicornio*. Según el testimonio de Apolonio de Tyana, los indios atribuían maravillosas propiedades al cuerno de un animal que llamaban onagro, «pues creen que basta »haber bebido una vez en él para ha»llarse aquel día al abrigo de toda en»fermedad, de toda herida y de todo »veneno y para poder cruzar impune»mente el fuego». Sobre este punto dice un comentador: «Ese onagro parece ser »el unicornio á cuyo cuerno atribuían la »virtud de preservar de los sortilegios. »En el antiguo reino de Nápoles y en los »Estados que fueron pontificios se ven »muchos cuernos colgados de las puer»tas de las casas con ese objeto». Esa virtud, que se atribuía al cuerno único del fantástico animal que figura en las armas de Inglaterra, se ha hecho exten-

siva á los cuernos de otros animales, y en Asturias es el asta de ciervo la que se emplea en este sortilegio. Una vasija de asta de buey llena de agua sirve para el conjuro; en ella se sumerje un pedazo de la de ciervo. Si al llegar ésta al fondo suben muchas burbujitas á la superficie, se trata seguramente del *mal de ojo;* se repite la operación de noche, dejando caer en el agua el asta de ciervo al aparecer el primer rayo de la luna, y pronunciando una fórmula que conocen pocas personas, se deja el agua hechizada al aire libre el resto de la noche y por la mañana ya puede beber de ella la persona ó el animal enfermo. Esa asta de ciervo es lo que, en el sortilegio, queda de la original superstición del pueblo primitivo indo; ese rayo de luna es quizá el elemento *residual* de un rito céltico, y ese conjuro un recuerdo de la fórmula hierática de ese rito. Llama la atención que la forma muy frecuente de las *ciguas* ó amuletos que precaven del *mal de ojo* sea un cuernecito de coral, de asta, de

azabache, etc., forma igual á la de muchos amuletos de los pueblos orientales.

Otro hechizo es el del *mal del filu*. Trátase también de cualquier enfermedad de esas cuyo origen no es bien conocido ó que no se determinan por un cuadro sintomatológico perfectamente caracterizado. Para saber si la enfermedad es ó no el *mal del filu*, se pone al cuello del enfermo una cuerda con nueve nudos, procurando que esté ceñida; si á los nueve días aflojó de una manera evidente, se puede diagnosticar seguramente la dolencia citada. La curación es fácil: el paciente rezará el primer día un pater-noster, y al terminar éste se quemará el primer nudo de la cuerda; el segundo día rezará dos y quemará el segundo nudo, y así aumentando hasta quemar el último nudo. La curación se verifica en el novenario, porque, según la fórmula que se recita, al quemar cada nudo: *por donde va el filu, vaya el mal del mío fiu*. Esta cuerda extraña ¿qué representa? Acaso una série de conjuros

de cuya ordenada emisión depende el hechizo ó quizá, como suponen otros, en lugar de un sortilegio, se trata simplemente de un novenario de oraciones para el cual sirve una reproducción del cordón franciscano?

Nada tendría de particular; la piedad y la superstición van muchas veces confundidas en los espíritus poco cultivados y en los estados de cultura inferiores. La Iglesia tenía sus exorcismos para determinadas enfermedades; la superstición tenía para ellas sus conjuros. Las madres asturianas miraban con cuidado la boca de sus hijos; si en la bóveda palatina observaban algo así como una cruz blanca sobre el fondo rosado del paladar, el niño era un *saludador;* su aliento ó su saliva curarían la hidrofobia; y en los *saludadores* se funden piedad y superstición, puesto que la virtud está en la cruz, real ó supuesto cruce de líneas, que tienen en la boca. Los *ensalmadores*, hechiceros de profesión, hacen intervenir muchas veces á

Dios y á sus santos en los salmos ó sortilegios con que curan las dolencias, ó pretenden inclinar las voluntades ó atraer á la fortuna.

No faltan hechizos que se parezcan, como una gota de agua á otra, á los encantamientos de los cuentos con que las nodrizas entretienen á los niños; y otros hay de extraño origen en las *gacetas* ó *gacepas*. Son las tales *gacetas* antiguos papeles, y muchas veces pergaminos, amarillentos y roidos por la humedad ó por el polvo, en los cuales aparecen indicaciones precisas de la existencia de tesoros ocultos en distintos parajes. En las *gacetas* suele andar revuelto lo racional con lo maravilloso, puesto que, en realidad, no es extraño que los cristianos fugitivos unas veces, los moros derrotados otras, hubieran escondido sus riquezas en el suelo accidentado de Asturias, mientras que resulta absurda la necesidad de determinados conjuros para descubrirlas y la forma cabalista que se da muchas veces á las materias preciosas

que se suponen atesoradas. Hay quien cree á ojos cerrados en la existencia de esos tesoros y se pasa la vida haciendo zanjas y agujeros, según las indicaciones de una *gaceta* que cayó en sus manos. Como muestra de los encantos ó hechizos que hay en ellas, vean nuestros lectores dos párrafos de la curiosísima *gaceta* que tenemos á mano: «En la cueva de la »mora, en el cielo de la cueva, hace una »media luna pintada y por dentro de »ella cabarás y á poco trabajo hallarás »unos pollos, mójalos en la fuente, arró»jalos á la misma peña y ellos te descu»brirán la entrada, donde hallarás mu»chas riquezas (1)..... En la Cueva de

(1) Es muy notable esta *gaceta* y para que se vea la forma extraña en que supone están los tesoros de que habla, copiaré dos ó tres noticias: —«En la fuente de Pruneda á tres »pasadas frente al ojo de la fuente á seis piés de hondo, hallarás un pellejo de buey pinto, vale un millón..... —«En »fuente fría hallarás una peña grande junto á la fuente y »debajo de ella, hallarás á tres codos de hondo un pendón »de oro y un estandarte metidos en un pellejo de un ca»mello y atado á una serpiente; y hallarás un cofre de »bronce y dentro de él un pendón de oro y un estandarte »juntos y un clarín de oro y muchas riquezas».....—«En »Riegaos, en repasando el riego hallarás una cueva que

»Gaudeño, entrando por ella hasta lo »último de ella, cabarás y hallarás tres »arcas, la una de cobre, la otra de ala»jas de oro y plata y la otra del medio »de soliman que tiene una serpiente por »cerradura y no toques en ella». Estos parecerán á algunos lectores encantamientos de cuentos infantiles; nosotros les encontramos una semejanza extraordinaria con los famosos cuentos árabes de Galland *Las mil y una noches.* Dice la *gaceta* que tenemos á la vista: «En »el pico de Cervera en lo más alto de él »hallarás hacia el poniente una piedra »más blanca que tiene tres agujeros ha»cia el poniente y debajo de ella ha»llarás un cadaver enterrado y una arca

---

»llaman del lisgato y en culo de la cueva una cabeza ha»llarás de piedra fijada y en derecho de ella á la flor de »la tierra hallarás un becerro de bronce y una piedra; de »bajo hallarás un horno de argamasa y dentro de él una »arca de bronce y en ella mil quincillas de oro y una piedra »de carbunco entre ello. En el pico de el Aguila en lo »más alto del pico buscarás un fuso de piedra caliar y »debajo de él á tres codos de hondo hallarás una águila »con dos aguiletos de oro. En la anchura, pegado á la mis»ma peña está una bolera de oro con sus bolas».....

»de piedra y debajo un cofrillo tiene »una chiminea que sale frente por fren»te de una losa: debajo de ella once »barras de oro»; al leer esto, más nos parece estar leyendo una de las poéticas relaciones de la sultana Scheherazada y no un papelote mugriento desenterrado del polvo de un archivo. Acaso las famosas *gacetas* no son sino imitaciones de los relatos de zahoríes árabes, influídos por las tradiciones persas, zendas ó de otros pueblos eranianos; de todos modos bien puede afirmarse que los hechizos ó ensalmos que en ellas se mencionan no tienen parentesco con ninguno de los encantamientos asturianos.

Otras supersticiones son indudablemente recuerdos de cultos antiquísimos, propios de estados primitivos de civilización, en los cuales la inteligencia humana trabaja para hacer que el espíritu y la idea encarnen en una forma, en un símbolo. Del culto de la serpiente, encontrado recientemente en Cambodge,

que existió en Grecia, en el Asia menor y en la India, proceden acaso el hechizo de la *piedra de la leche* ó *piedra de la culebra* y el de la *camisa de la culebra.* La piedra es sencillamente un guijarro de sílice oscuro con ciertas manchas y vetas producidas por diversos óxidos; la fantasía supone que esa piedra está hecha por siete ó nueve culebras que la guardan y vigilan con gran cuidado, hasta que alguien se la roba ó una lluvia violenta espanta á los reptiles y arrastra la piedra. Los antiguos atribuían al ópalo la virtud de servir como preservativo de las enfermedades contagiosas y alguien ha querido ver reminiscencias de esta preocupación en la *piedra de la culebra;* ésta es un amuleto, la otra era una medicina; la de la culebra hace que las madres tengan leche abundante para dar á su hijos y que éstos se crien libres de toda enfermedad y maleficio durante la lactancia, mientras su madre ó nodriza traiga colgada del cuello la piedra maravillosa.

La *camisa de la culebra*, es decir, la piel que este reptil deja entre dos piedras cuando le toca mudarla en cada año, es el amuleto de la fortuna; quien posea ese talisman, olvidando que lo tiene, será dichoso en cuantos negocios emprenda.

La *flor del agua* que brota en el cristal de las fuentes en el instante de romper el alba de la mañana de San Juan, y que no dura más que un instante, haría feliz en sus amores al que lograra cogerla en ese momento; la sangre de pichón *negro*, sangrado bajo el ala, devuelve la vista á los ciegos (1); la *rosa de Jericó* colocada bajo la almohada de la parturienta le asegura un alumbramiento feliz; y así podríamos ir enumerando hechizos y amuletos variadísimos que se multiplican y toman formas distintas en cada región de nuestra provincia.

---

(1) Es curiosísimo sobre los hechizos para enfermedades el librito *Medicina popular.—Apuntes para el Folk-Lore asturiano*, por D. José López Dóriga.—Gijón, 1890.

Otro tanto ocurre con los augurios. La lluvia de estrellas, los cometas, los eclipses, las auroras boreales anuncian siempre guerras, pestes, hambres. En los sueños, el agua turbia augura lágrimas, el agua clara alegría, la presencia de los muertos buena suerte; y así sucesivamente, sería fácil hacer un libro de muchas páginas con los augurios del sueño.

Con cuánta inquietud consulta á su augur la moza de la aldea que sueña con algún mozo del contorno! El augur es el cuclillo, y la muchacha le pregunta en alta voz:

Cuquiellín del rey,
rabiquín de escoba:
¿cuántos años falten
para la mió boda?

y allá entre la espesura contesta el *cuquiellu* con una serie de *cu-cús* que, si son pocos, alegran á la moza y, si son muchos, la desesperan. El cuclillo tiene también sus respuestas ambíguas, como

los augures romanos: cuando no contesta ¿es porque la moza no se casará nunca, ó porque se casará dentro del año?

Presagios alegres que tienen como notas de color el blanco ó los matices vivos y los tonos brillantes; presagios lúgubres en los que domina siempre el color negro ó las melancólicas tintas del crepúsculo de la tarde; de un lado el cuervo, el gallo silvestre, los gritos del buho, los nubarrones que cubren la luna, las tinieblas de la noche; del otro, la paloma, la tórtola, el gallo blanco, las nubes doradas por el sol poniente; siempre la luz presagiando la dicha y la sombra anunciando el dolor. Acaso en el predominio de los colores oscuros y de los tonos sombríos en el cielo y en el suelo de nuestra provincia está el secreto del carácter melancólico de nuestros campesinos; carácter que se revela en sus mitos y en sus romances y en sus supersticiones, como en los cantos del país, en sus *añadas* llenas de

tristeza, y hasta en las notas prolongadas del *¡ixuxú!* que repiten los ecos de las cañadas como el grito de angustia de un peregrino perdido en las revueltas del monte.

¡Qué hermosa poesía hay en esos mitos! Un estudio detenido de ellos sería como el trabajo del arqueólogo que, ordenando las ruinas de una gigantesca ciudad, parece como que la reconstruye y la hace surgir de nuevo sobre la misma tierra que la sepultó. Mejor aún, porque sacando de las ruinas del pasado esos mitos, esas supersticiones, lo que se reconstituye es el alma de un pueblo con sus temores y sus aspiraciones, con sus amores y sus esperanzas, con sus sueños y con sus energías, con las alegrías de su juventud y las hondas tristezas de su vejez.

NOTAS DEL FOLK-LORE

EL TRASGU

Le han visto muchos; y si no le ha visto el aldeano que os cuenta sus hazañas, le vió su padre ó su abuela ó una de sus hijas; ello es lo cierto que le han visto en la casa. Unicamente así os explicareis que os digan sus señas, los detalles de su traje, sus ocurrencias, sus gestos, todo.

Por lo tanto, no hay lugar á duda: el *trasgu* es un personaje muy conocido y que hace gran papel en las casas de aldea. Yo recuerdo haber oido retratarle muchas veces, y voy á reproduciros el retrato.

El *trasgu* es un hombrecillo pequeño, enano, como de ochenta centímetros de talla; tiene la piel negra ó por lo menos muy oscura, las piernas torcidas, las manos pequeñas y armadas de largas uñas, los ojos centellantes, la boca grande, la nariz aplastada. Es delgado, cojo, vivo y rápido en sus movimientos; hay en su fisonomía una expresión casi siempre burlona y algunas veces colérica; se rie á carcajadas, salta con prodigiosa elasticidad á pesar de ser cojo, y tiene el más exquisito tacto, el más extraordinario equilibro para pasar saltando entre un montón de cacharros sin romper uno.

Su trage es singular; se compone de una blusa colorada y de una gorra del mismo matiz; nadie se ha fijado en si trae ó no pantalones, descuido lamentable que nos impide terminar este retrato de cuerpo entero.

Y conste que el retrato es exacto; todos estos detalles los debo á la amabilidad de una joven y bonita aldeana de Riosa que tuvo la fortuna de ver al *tras-*

gu la noche de Navidad en la cocina de su casa.

Porque debo advertiros que la cocina es la estancia favorita de aquel caballero. Allí se manifiesta con más ó menos estrépito, según le son más ó menos simpáticos los dueños de la casa. Si han tenido la fortuna de caerle en gracia, ya pueden dormir tranquilos: el *trasgu* limpiará la humilde batería de la cocina, colocará en su lugar los cacharros, quitará la ceniza del fogón; y aún se dá el caso de que, para evitar trabajo á la chica de la casa, se va muy resuelto por agua á la fuente, hila perfectamente todo el lino que ha quedado en la rueca ó enciende el fuego para que la muchacha tenga menos que hacer al despertar.

No direis que le falta galantería. Pero, en cambio, si los de la casa le son antipáticos, Dios nos asista; se entretiene en arrojar al suelo los pucheros desde lo alto del *vasar*, despertando á los chicos con aquel estrépito; no pregunteis quién

ha convertido en confusa maraña el peinado lino de la *rueca*, quién ha esparcido por el suelo de la cocina la ceniza del hogar, quién abre grietas en el fondo de la *ferrada* para que se forme una constante y monótona filtración, quién vuelca sobre el fogón el agua del *pote*. Todo lo hace el *trasgu;* cierra puertas y ventanas con terrorífico estrépito ó las abre para que las sacuda el huracán, tizna el rostro de la muchacha dormida y ó les tira de las narices á los chiquillos que descansan amontonados en el lecho, remeda gritos medrosos en el cañón de la chimenea, entra en el *corral* á espantar los ganados, se distrae en ocultar los objetos que mañana buscarán los aldeanos desesperados, quebranta las tejas; en una palabra, se entrega á una orgía de diabluras.

En Asturias no hay un *trasgu* solo, no señor; cada aldea tiene diez ó doce para su uso particular. Si se encuentra á gusto en una casa, allí se está años y años y no hay que pensar en hacerle que des-

aloje la habitación, porque si lo tomais por la tremenda no os arriendo la ganancia.

Difieren las opiniones acerca de la naturaleza del *trasgu;* unos afirman que es un diablejo de última categoría, otros creen que es un *genio.* Lo que de él se sabe, ya os lo he dicho; y si quereis más detalles podeis oir preciosas anécdotas, cuentos peregrinos en que el *trasgu* es el héroe. Cuando el labrador, en las primeras horas de la noche, se sienta al lado del hogar rodeado de su mujer y de sus hijos, acercaos al grupo y esperad. De pronto se oye un ruido estraño; es un ventanucho que se cierra.

—Qué es eso? preguntais.

Los chiquillos se acercan más á su madre, todos los rostros espresan inquietud ó temor.

—*Ye el trasgu*,—os contesta un chico con voz apagada y temblorosa.

Y, por supuesto, el ventanucho se ha cerrado porque el viento es fuerte y....., nada más.

Se perciben unos golpes leves y acompasados en el techo; los aldeanos se miran unos á otros con estupefacción y cuchichean, sin atreverse á levantar los ojos á lo alto. Si les preguntais, os afirmarán que aquellos golpes que suenan con un compás desigual, son producidos por el pié cojo del *trasgu* que se pasea tranquilamente en el desván. Pero si os dá la ocurrencia de subir á ver al paseante, no le encontrareis y de seguro no oís otra cosa que el rumor de la lluvia y del viento y el ruido del agua que se desliza por entre dos tejas mal unidas y cae gota á gota en el piso del desván.

La profunda calma de los campos no interrumpida por esos rumores que alteran el silencio en las ciudades dormidas; la espesa sombra en cuyos pliegues no lucen los mecheros de gas; todo esto se presta fácilmente á que la imaginación crée espíritus en la sombra y palabras en el silencio. Pero no es bastante á explicarnos la fantástica existencia del *trasgu* que, en lugar de cruzar los cam-

pos y gritar en la oscuridad del bosque, hace su domicilio en los hogares, ni nos sería tampoco fácil adivinar porqué prefiere la cocina á las demás habitaciones; ningún aldeano ha podido encontrar la razón.

. . . . . .

Estoy escribiendo en el comedor de una casa de campo. Una ráfaga de viento sacude las hojas de la venta entreabierta y apaga la luz. Voy á encenderla á la cocina y observo que todos me miran con aire asustado.

—Vió al *trasgu*?—me pregunta una muchacha.

—No; el viento ha apagado la luz.

—El viento, eh? ya, ya.

—El *trasgu*, señorito, el *trasgu* que sopló desde el alero del tejado.....

Me declaro convencido.

EL NUBERU

A mi me lo han contado muchas veces.

En esas cocinas de nuestras casas de aldea, bajo la cuadrada y enorme campana de la chimenea, sentado en una *tayuela* colocada sobre el *llar*, oyendo hervir el agua en el *pote* colgado de *les calamiyeres*, mirando la roja llama que se retorcía lamiendo los troncos arrojados al fuego, escuchando los cuentos que relata *Chinto* ó *Pachín de Nola;* ¡cuántas veces me han contado las atrocidades del *Nuberu!*

Porque el *Nuberu* es atroz.

Vosotros no le conoceis; pero yo? Como si le hubiera visto.

Si parece que estoy oyendo á *Pachu!* Decía él:

—El nuberu ye un hombrín pequeñucu, vieyu y arrugau como una mayuca, negru como la péz, mas feu que 'l mio sobrin Pepe, que ye cuanto hay que decir; tien les piernes torcies como cádaves

y delgaes como garabinos. De la cara non vos digo nada; la boca llégai de oreya á oreya y vénse los dientes que son como paletes y negros com' un tormentu; los güeyos brillen como dos fogueruques y maldito si ví en mi vida unes oreyes mas grandes, que paecen fueyes de figal, en fin, que mete mieo, señoritu. Yo, ver, vilu una vez, pero desde 'l entonces non volví á pasar pó 'l monte de la Carbayera.

Ya teneis las señas del *Nuberu;* como si dijéramos, la cédula de vecindad con que viaja por la imaginación de nuestros campesinos.

Todos le temen, y con razón á mi entender.

El *Nuberu* es el genio maldito de la tempestad.

Si una nube espantosa estalla sobre la llanura, inundando las tierras de labor, destrozando los trigos, abatiendo la caña del maíz que acaba de *sallar* el labrador, arrancando los frutos de los árboles, asolando la comarca; no pregunteis

por el fenómeno atmosférico que produjo la tormenta.

Cuanto os enseñe la meteorología es una farsa.

El *Nuberu* estaba, la tarde anterior, allá en la cumbre de la montaña próxima, contemplando el valle; mirando el buen estado de los plantíos; rabiando al ver las doradas espigas próximas á rendir la esperada cosecha, el verde fruto cuya pulpa empezaban á sazonar las caricias del sol.

Y como el *Nuberu* tiene resentimientos misteriosos, agarró una nube que pasaba á lo lejos, la obligó á extender sus cenicientas alas sobre el valle, sopló después..... y no hubo más.

La nube abrió su ancho seno y vertió un torrente de agua; y como el *Nuberu* soplaba rabiosamente, la lluvia caía con una violencia horrible, destrozando cuanto encontraba á su paso.

Y no les digáis á los campesinos que la presión atmosférica y que la condensación de los vapores.....

Esas son zarandanjas; ellos están íntimamente convencidos de que es el *Nuberu* quien ha hecho aquello.

Como que Lin de Ferreros venía de Oviedo al anochecer y encontró al *Nuberu* junto al pinar que se vé allí sobre la cumbre vecina.

Y Lin aseguró haberle visto la cara *fosca* y endemoniada.

Lin pasó muy cerca de él y le saludó con mucha atención y mucho miedo; por eso la casería de Lin de Ferreros es la que menos padeció con la tormenta.

Porque el *Nuberu* le agradeció el saludo.

El *Nuberu* vaga de monte en monte, de comarca en comarca; en los días nublados y en los días de sol se le vé sentado en los peñascos del pico más alto, pero sus horas de paseo favoritas son las de los crepúsculos y, mejor aún, las del crepúsculo vespertino.

De la rapidez con que se traslada de un punto á otro nada puedo deciros; de

un salto atraviesa unas cuantas leguas de distancia.

Yo sé quien le ha visto en uno de los picos de Sueve á las siete de la tarde del 18 de Julio; pues á esa misma ahora, minutos más ó menos, le encontró Julián el de Piantón cerca de Santirso de Abres.

Ya veis que cruza las distancias con la rapidez del relámpago.

Lin de Nola me explicaba esto del siguiente modo:

—Ay, señor; eso non tien nada d'extraño; como el *Nuberu* ye el mandón de les nubes, cuando quier andar muches legues, en un decir Jesús, móntase en un rellampiu, y andando. ¿A usté qué se y figura?

Con estas razones me convencí, como os hubierais convencido vosotros.

Si estalla la tormenta en las altas horas de la noche, el campesino no puede pegar los ojos hasta que asoman las primeras luces del alba.

Entonces sale apresuradamente á mirar los campos y, si la nube ha causado

gran destrozo, ya encontrará luego algún vecino que le asegure haber visto al *Nuberu* la tarde anterior.

Porque es de advertir que, si la nube llega, después de una prolongada sequía, á salvar las cosechas, nadie se acuerda del *Nuberu* para agradecerle el favor.

Y es que, por lo visto, el *Nuberu* solo dirije las nubes que dañan los sembrados.

Si pretendieseis arrancar esta preocupación de nuestros campesinos, emprenderíais un trabajo absolutamente inútil.

Porque lo singular de estas supersticiones es que hay un gran número de personas que afirman resueltamente haber visto al *Nuberu*. Hasta lo jurarían.

Para qué habríais de insistir?

Los pueblos del Norte tienen también en sus fantásticas tradiciones un genio sombrío y maléfico, el genio de la tempestad que vive en los picos más inaccesibles de las montañas ó en las grutas

de los peñascos que levantan su ennegrecida mole en las orillas de los grandes ríos.

Los campesinos de Asturias vén los cenicientos vapores que se condensan en las cumbres, para formar luego esas nubes que el viento arrastra en el espacio como inmensos sudarios; y ha creado el genio de la tempestad con todos los rasgos fisionómicos de un espíritu infernal, con la figura horrible de algún demonio pintado en el retablo de una iglesia antigua ó tallado en madera por algún artista de los siglos medios.

Y, lo que es más estraño, esa figura es la misma en todas partes.

El mismo retrato os harán en las montañas de los Oscos que en los valles de Llanes; ningún detalle varía.

El *Nuberu* es el mismo en toda Asturias, lo cual prueba la antigüedad de la tradición y lo arraigadas que viven en nuestro país las supersticiones.

Si un poeta intentase describir el genio de la tempestad, no lo haría con tan

propios detalles, con tanta riqueza de color.

El *Nuberu* es una preciosa creación de la poesía de muchos siglos; de la poesía vigorosa, sombría y rica del pueblo asturiano.

LA GUAÏXA

Apenas me ha costado trabajo averiguarlo!

Había oido hablar de ella muchas veces, pero me había sido imposible encontrar la filiación de esa buena señora.

Y van Vds. á saber cómo he dado en el quid.

María la lavandera era una muchacha alta, buena moza, de buenas carnes, fresca y colorada; en fin, una moza como un castillo, según la frase popular.

Pues bien; sin saber porqué, la chica ha empezado á adelgazar y á perder el color.

Y la pobrecilla está ahora como un cesante pertinaz é inclasificable.

Francamente, dá pena ver aquellos ojos hundidos, aquel color amarillento, aquellos pómulos prominentes, aquellos brazos que antes eran *como rollos de manteca* y hoy son como *cádabes.*

De eso hablabamos el otro día Perico el de la Argañosa y yo.

—Y qué habrá sido eso, Perico?

—Yo non sé, señor; ella non tien desgustos nin moliciones, nin está enamorá, nin nada d'eso. Pá mi, comióla la Guaẍa.

Oir esto, fué para mí como para un sediento el encontrarse cerca de una fuente cristalina.

Agarré á Perico por el brazo, resuelto á no soltarle, mientras no me diese todas las noticias que me hicieran falta.

—Y quién es la Guaẍa?

—De veres non lo sabe? Aquí en la aldea, cuando dalgunu enflaquéz y s'atristaya y se pon de color de tierra, sin que se sépia por qué, decimos que lu comió la Guaẍa.

—Pero, la Guaẍa.....

—Mialma que nunca pude véla; pero muchos la vieron y cúntenlo. En la mió quintana non estevo desde que morrió el fiu de Manolón.

—Pero es un animal ó un fenómeno ó qué?

—Nin ye animal, nin filónimo, nin ná. Pienso que ye un pantasma, una bruẍa mas vieya q'Adan, mas mala que la quina y mas lista que les culiebres; tien unos caniles tan llargos como ésti deu. Métese pe les rendijes de les puertes y pe les chimenées y hasta pel furacu de la llave; y cuando vé á unu que ye gordu y frescu, dormiendo, clávai el canil y chúpai la sangre y márchase, y güelve otres noches y ansina hasta que lu deẍa tísicu.

—Y no se conoce el agujero que hace en la piel?

—Ca! Si se y conociera, con marcháse aquel del llugar, acababa la chupadina y llevaba un chascu la Guaẍa.

Con que, ya lo saben Vds. Ahí están los únicos datos que he podido encontrar de esa superstición.

Pero la Guaẍa hace más que eso.

Si un indivíduo desaparece del pueblo, no hay que discurrir sobre los motivos que le habrán obligado á marchar sin despedirse.

Preguntais por él y os dicen:

—Paez que lu comió la Guaẍa.

Y esto sucede también con una porción de objetos.

Que no se encuentra la mantilla nueva, que no parece el *refaxu paxizu* de la chica, que se ha perdido una piedra de afilar la hoz.....

Todo se lo ha comido la Guaẍa.

Recuerdo que un día ví á cierta aldeana que, después de llenar de agua el puchero colocado al fuego, se fué á ordeñar las vacas.

Cuando volvió al hogar, el agua se había evaporado; pero ella, que no comprendía el fenómeno de la evaporación, cruzó las manos con asombro y me dijo:

—Comiólo la Guaẍa.

El día de la fiesta parroquial, en todas las casas de los vecinos hay arroz con leche.

La adeana á quien aludo hizo, en tal día, una calderada del supradicho arroz; y aunque todos los de la familia sacaron la barriga de mal año, como ellos dicen, sobras quedaron para el día siguiente.

Pero, al día siguiente, el arroz había desaparecido.

La Guaẍa fué condenada en todos los tonos como autora del atentado.

Y sin embargo, puedo asegurar á ustedes que los chiquillos de la casa eran los que habían hecho el vacío en las enormes escudillas de la Pola.

De aquí resulta que la Guaẍa carga con todas las culpas, como quien tiene fantásticas espaldas para soportarlas.

Cuando alguna joven empieza á palidecer y adelgazar, se toman precauciones para que la Guaẍa no penetre en la casa; pero estas precauciones no dan resultado, porque el temible enemigo penetra por la rendija por donde quizá no podría entrar un papel de cigarro.

Generalmente, la joven que ha tenido la poca fortuna de caerle en gracia á la Guaẍa cambia de habitación; y si no tiene habitación para realizar el *trasbordo*, es muy capaz de irse á dormir á la *tenada* ó pajar.

Esto es cuanto he sabido de la Guaẍa.

En las leyendas y supersticiones de otros paises, la creación fantástica, que más puntos de contacto presenta con esta, es la de los *vampiros*. Como la Guaŭa, los *vampiros* de las leyendas bretonas y alemanas salen de noche, penetran por cualquiera parte en las habitaciones y chupan la sangre de la víctima, sin que esta lo sienta, durante las horas del sueño.

Pero los *vampiros* fantásticos, que tienen un homónimo en la historia natural, no se parecen á la Guaŭa, al menos en la forma de que la reviste la superstición.

Los atributos, que pudiéramos llamar formales, son distintos, aunque el *oficio* es el mismo, si bien con el aditamento de otras picardigüelas que se le atribuyen á la Guaŭa, y de las que no se culpa á los *vampiros*.

Solo hecho de menos una cosa.

No he podido traslucir el orígen de la palabra Guaŭa, por más pesquisas que he intentado sobre el particular.

Si alguno de Vds. conoce la significa-

ción propia de esa palabra en el *bable*, le agradeceré me la comunique.

¿Qué quiere decir Guaẍa?

Vamos á ver.

BIBLIOTECA PAULINO VIGON

GETTY CENTER LIBRARY